

vía es necesario duplicar esta renta verdadera para tener su valor en la moneda actual. Los ciento treinta y un obispos y arzobispos tienen juntos, 5.600.000 libras de renta episcopal, y 1.200.000 en abadías, ó sea por término medio 50.000 libras por cabeza en números y 100.000 de hecho; á los ojos de los contemporáneos y al decir de los espectadores que sabían toda la verdad, un obispo era «un gran señor que tenía 100.000 libras de renta,» y según dice Ferréres en sus *Memoires*, II, 57, no sólo «todos tenían 100.000» sino que «algunos 200.000 y hasta 800.000.»



Abate y abadesa

rans, Mirepoix, Lavaur, Rieux, Lombez, Saint-Paul, Comminges, Luçon, Sarlat, Mende, Frejus, Lescar, Belley, Sain-Malo, Tréguier, Embrun, Saint-Claude; al alrededor de ella menos de 200, menos de 100, á veces menos de 50 parroquias, y por ejercer esta pequeña vigilancia eclesiástica, un prelado que cobra de 25.000 á 70.000 libras, en guarismos oficiales; de 37 á 105.000 en cifras reales, de 74.000 á 210.000 en dinero de hoy día. En cuanto á las abadesas, hallo treinta y tres que producen de veinticinco mil á 12.000 libras al abad, veintisiete que producen de 20.000 á 100.000 á la abadesa; pesad estas cifras del almanaque y pensad que es necesario duplicarlas ó tal vez más para obtener la renta real y cuadruplicarlas ó más para obtener la actual. Claro es que con tales rentas y los derechos feudales de policía, justicia y administración que van con ellas, un gran señor eclesiástico ó laico, es de hecho, en su distrito, una especie de príncipe, que se parece demasiado al antiguo soberano para que pueda

vivir como un particular cualquiera, que sus preeminencias privadas le imponen un carácter público, que su título superior y sus enormes ganancias le obligan servicios proporcionados, y que aún bajo la dominación del intendente, debe á sus vasallos terratenientes y censatarios el auxilio de su intervención, de su patronato y de sus beneficios.

Mas para eso es necesario residir en el país, y la mayor parte de las veces está ausente de él. Desde ciento cincuenta años antes, una especie de atracción omnipotente aparta á los grandes de la provincia y les empuja á la capital; el movimiento es irresistible porque es efecto de las dos más grandes y universales fuerzas que pueden obrar sobre el hombre, una que es la posición social, y otra que consiste en el carácter nacional. No impunemente se cortan á un árbol las raíces. Instituída para gobernar, una aristocracia se desprende del suelo cuando ya no gobierna, y no gobierna desde que por una usurpación creciente y continua, casi toda la justicia,

la administración, la policía, cada detalle del gobierno local ó general, toda iniciativa, colaboración ó inspección en materia de impuestos, elecciones, caminos, obras y beneficencia, ha pasado á manos del intendente ó subdelegado, bajo la suprema dirección del inspector general y del consejo del rey (1).

Comisionados, gente «de pluma y de uniforme,» zafios insustanciales hacen la tarea; no hay medio de disputársela. Hasta son la delegación del rey, un

gobernador de provincia, aunque sea heredero y príncipe de la sangre, como los Condé, en Borgoña, debe humillarse ante el intendente; éste no tiene oficio efectivo; sus empleos públicos consisten en hacer de figura decorativa y en cobrar. Por otra parte, desempeñaría mal todos los demás, la máquina administrativa con sus miles de engranaciones, duras, rechinatoras y sucias, tal como la hicieron Richelieu y Luís XIV, no puede funcionar sino entre las manos de operarios acomodaticios á todas



DUQUE DE BORBÓN

las voluntades, sin escrúpulos, y prontos á sacrificarlo todo ante la razón de Estado; imposible aventurarse con tales bribones. Se abstiene, les abandona los negocios.

(1) De Tocqueville, libro II, capítulo 2.º, página 182.—Carta del baile de Mirabeau, de 23 Agosto 1770. «Este orden feudal no era más que fuerte, y hánle llamado bárbaro, porque la Francia, que tenía los vicios de la fuerza, sólo tiene ya los de la debilidad, y el rebaño que era antiguamente devorado por los lobos, lo es ahora por las pulgas. Tres ó cuatro puntapiés ó garrotazos, no dañan tanto á la familia de un infeliz ni á él mismo como seis rollos de escrituras que le devoran.» «La nobleza,—decía ya Saint-Simón,—se ha convertido en un segundo pueblo que no tiene más remedio que pudrirse en una mortal y ruinosa ociosidad que la vuelve pesada y menos preciada, ó ir á hacerse matar en la guerra á través de los insultos de los comisionados, de los ministros y de los secretarios de los intendentes.» Hé ahí las reclamaciones de los espíritus feudales. Todos los detalles que siguen están sacados de Saint-Simón, de Dangreau, de Luynes, de Argenson y otros historiadores de la corte.

y para los suyos, todo lo que un Estado de veinte á veinticinco millones de habitantes puede ofrecer de apetecible á la ambición, á la vanidad y al interés, se encuentra allí concentrado como en un vasto recipiente de agua, se acude á él y se la saca. Y con tanto mayor motivo, cuanto que el sitio es agradable y está dispuesto á pedir de boca y á propósito para las aptitudes de sociabilidad del carácter francés. La corte es un gran salón permanente en que «los súbditos tienen libre y fácil acceso para con el príncipe,» donde viven con él «en dulce y honesta sociedad, sin embargo de la distancia casi infinita á que de él les colocan la categoría y el poder,» y en el que el monarca se precia de ser un perfecto dueño de casa; y en tanto es así, que las palabras anteriores son las mismas de Luis XIV, y que Madame Vigée-Lebrun escribe en la pág. 71, tomo I de sus *Souvenirs*: «He visto á la reina (María Antonieta) haciendo comer á Madame que entonces tenía seis años, con una aldeanita por quien se interesaba, y querer que ésta fuese servida primeramente diciendo á su hija: «Tú has de hacerle los honores.» La verdad es que de hecho, jamás hubo salón tan lujoso ni tan propio para retener á sus huéspedes por los placeres de todas clases, por la belleza, dignidad y elegancia de su decorado, por lo escogido de la concurrencia y por el interés del espectáculo. No hay como Versalles para poderse mostrar, figurar y ascender, y para divertirse y vivir en el centro de las noticias del movimiento y de los negocios con lo más escogido del reino y con los arbitrios del tono de la elegancia y del gusto. «Señor,—decía M. de Vardes á Luis XIV,—cuando se está lejos de Vuestra Majestad, no sólo se es desdichado, sino también ridículo.» No queda en provincias sino la nobleza pobre y rústica; para vivir en ellas se necesita estar atrasado, desterrado ó aburrido. Cuando el rey envía á un noble á sus posesiones, se considera el hecho como la peor de las desdichas. A la humillación se une el peso insoportable del fastidio. El mejor palacio en un sitio ameno es un «desierto» horroroso, y como puede verse en el *Misanthrope*, de Molière, y en el *Tartufo*, así como también en los *Voyages en France*, de Young, tomo I, pág. 78, á nadie se ve en ellos exceptuando los grotescos tipos del pueblo ó los palurdos de aldea. «Sólo el destierro,—dice Arturo Young,—obliga á la nobleza de Francia á hacer lo que los ingleses hacen voluntariamente, esto es, residir en sus dominios para embellecerlos. Multitud de veces Saint-Simón y los demás historiadores de la corte, exclaman hablando de alguna ceremonia: «Toda la Francia estaba allí;» y en efecto,

todo lo que en Francia forma número está allí, y los que asisten se reconocen en este hecho. París y la corte, se convierten, pues, en el domicilio obligado de toda la buena sociedad. En semejante situación, la emigración entraña nuevas emigraciones; y cuanto más abandonada queda la provincia, más se la abandona. Así, en el *Traité de la population*, página 108 (1756) leemos las siguientes palabras de Mirabeau: «Ya no hay en el reino una sola porción de tierra algo importante, cuyo propietario no viva en París, y no descuide por tanto, sus casas y sus palacios.» Los grandes señores laicos tienen su casa en la capital, su entresuelo en Versalles, su quinta en un radio de veinte leguas; si de tiempo en tiempo visitan sus haciendas, es sólo para cazar en ellas. Los mil quinientos abades y priores comendadores gozan de sus beneficios como de una granja lejana. Los dos mil setecientos vicarios, generales y canónigos capitulares se visitan y comen en la ciudad. Exceptuando algunos hombres apostólicos, los ciento treinta y un obispos pasan el menor tiempo que pueden en la población de su sede episcopal; casi todos nobles, casi todos gente de mundo, ¿qué harían lejos de la sociedad, confinados en un pueblo de provincia? ¿Es posible figurarnos que un gran señor, en otro tiempo abad brillante y galanteador, y ahora obispo con cien mil libras de renta, se entierre voluntariamente durante todo el año en una casucha de Mende, Condom ó Comminges? La distancia entre la vida elegante, variada y literaria del centro, y la monótona, inerte y positiva de provincia, se ha hecho demasiado grande. Por eso el gran señor que sale de la una no puede entrar en la otra, y continúa ausente de ésta, á lo menos, con el corazón.

No hay aspecto más sombrío que el de un país en que el corazón deja de lanzar su sangre á las extremidades. Arturo Young, que recorrió á Francia desde 1787 á 1789, se sorprende de encontrar en ella, á un mismo tiempo, un centro tan vivo y unas extremidades tan muertas. Entre París y Versalles, según me han dicho ancianos que lo vieron antes de 1789, una doble fila de carruajes que van y vienen, se prolonga en una extensión de cinco leguas y sin interrupción alguna desde la mañana hasta la noche. El contraste que este camino ofrece con los demás, es muy grande. «Salidos de París por el camino de Orleans, dice Arturo Young, no encontramos en el espacio de diez millas una diligencia; nada más que mensajerías y sillas de posta en pequeño número, ni siquiera la décima parte de las que habríamos encontrado cerca de Londres en una

hora. En la gran carretera, cerca de Narbona, durante treinta y seis millas, dice, no me crucé más que con un cabriolé, media docena de carretas y algunas buenas mujeres guiando sus rocines.» En otras partes, cerca de Saint-Girons, nota asimismo que en doscientas millas no encontró más que «dos cabrioles y tres vehículos miserables parecidos á nuestra antigua silla de postas de un solo caballo, pero ni un gentil-hombre.» En toda esta comarca no se ven más que albergues miserables, en los que es imposible alquilar un carruaje, mientras que en Inglaterra, aún en las poblaciones apartadas de 2.000 y hasta de 1.500 almas, se hallan buenas hosterías y todos los medios de transporte. Esta es una prueba de que en Francia «es nula la circulación.» No hay en ella civilización y bienestar sino en las grandes ciudades. «En Nantes hay un soberbio teatro, dos veces mayor que el de Drury-Lanne y cinco veces más precioso. Santo cielo, decía para mí, ¿es á semejante espectáculo á donde conducen los sotos conejeros, los eriales y los desiertos que he atravesado durante trescientas millas? De un salto pasáis de la miseria á la prodigalidad. La campiña está desierta, y si la habita algún gentil-hombre es en algún triste tabuco y para economizar el dinero que luego va á tirar á la capital.» «Un coche, dice M. de Montlosie, en el t. I, pág. 161 de sus *Memoires*, salía cada semana de las principales ciudades de provincia para París, y no siempre iba lleno; este era todo el movimiento de los negocios. Había sólo un periódico titulado *Gazette de France*, que se publicaba dos veces á la semana: hé ahí todo el movimiento intelectual.» Algunos magistrados de París, desterrados á Bourges en 1753 y 1754, describen de ella el siguiente cuadro: «Un pueblo en el que no se halla á quien poder hablar á gusto de nada sensato y razonable; nobles que se mueren de hambre en sus tres cuartas partes, pagados de su origen, sin ropa ni hacienda, y extrañando que la hija de un recaudador de contribuciones convertida en esposa de un consejero del Parlamento de París, se permita tener gracia y sociabilidad; burgueses de la más supina ignorancia siendo el único apoyo de la especie de letargo en que está sumido el espíritu de la mayor parte de los habitantes; mujeres bigotudas y pretenciosas y muy dadas al juego y á la galantería;» en esta sociedad mezquina y embotada, entre los señores Tibaudier el consejero y Harpin el recaudador, entre los vizcondes de Sotenville y las condesas de Escarbagnás, vive el arzobispo cardenal de Larochehoucauld, gran limosnero del rey, provisto de cuatro grandes abadías, gozando de quinientas

mil libras de renta, hombre de mundo, ausente la mayor parte del tiempo, y dedicándose cuando no, á embellecer sus jardines y su palacio; en una palabra, un faisán en dorada pajarera en un corral de gansos.

Un día el cardenal, enseñando á unos huéspedes su palacio recién acabado, condújolos al fondo de un corredor en que había instalado escusados á la inglesa, cosa nueva en aquel tiempo. M. Boutin de la Coulommie, hijo de un recaudador general de hacienda, sorprendióse al ver aquel mecanismo ingenioso, cuyos resortes se complacía en mover, y dirigiéndose al abad de Canillac. «Esto, le dijo, es sin duda admirable; pero lo que me parece más admirable aún, es que su Eminencia que tan por encima está de la debilidad humana, quiera acomodarse á ellas.» Palabra preciosa y única capaz de mostrar la categoría y la posición de un prelado gran señor en provincias.

Naturalmente, no hay ninguna idea política. «No se puede imaginar, dice el manuscrito, á nadie más indiferente por todos los negocios públicos.» Más tarde, en medio de los acontecimientos más graves y que les hieren por el lado más sensible, muestran igual apatía. Según la obra de Arturo Young en la página 230 y siguientes tomo II, el 4 de Julio de 1789, no hay en Château-Thierry ni un café en donde pueda hallarse un periódico, solo en Dijon hay uno; en Moulins el 7 de Agosto, «en el mejor café de la población en el que hay por lo menos veinte mesas, se me habría más fácilmente servido un elefante que un periódico.» Entre Strasbourg y Besançon, ni un diario. «En Besançon no hay más que la *Gazette de France* de la que un hombre de sentido común, no daría hoy ni un sueldo, y el *Courrier Militaire* atrasado de quince días; personas bien portadas, hablan de cosas sabidas de hace dos ó tres semanas, y sus conversaciones demuestran que nada saben de lo que pasa en el día.» En Clermont, «comí ó cené cinco meses en mesa redonda con veinte ó treinta negociantes, mercaderes, empleados etc., y apenas si oí una palabra de política en un momento en que era natural, que todos los corazones latieran impulsados por las emociones políticas. La ignorancia ó la estupidez de aquella gente es increíble. No pasa semana sin que en su país se produzcan una multitud de acontecimientos—tales como la abolición de los diezmos y de los derechos feudales, el permiso de matar la caza, etc.—los cuales son analizados y discutidos hasta por los carpinteros y aserradores de Inglaterra.» La causa de esta inercia es manifiesta, preguntados por su